

D. D. MARTINO



ARTÍCULOS
LITERARIOS



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS,

680 — CALLE DEL PERÚ — 680

—
1894

ARTÍCULOS LITERARIOS



D. D. MARTINTO



ARTÍCULOS
LITERARIOS



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS

680 — CALLE DEL PERÚ — 580 •

—

1894

ARTÍCULOS LITERARIOS

FRANCISCO COPPÉE

Á Mariano de Vedia.

I

Aunque parezca inverosímil, Francisco Coppée, el cantor de *Los Humildes*, el amante de los suburbios olvidados de París, se formó en medio del aristocrático cenáculo de los Parnasianos y tuvo por iniciador en los secretos del arte á Catulle Mendès, admirable artífice de la forma, á quien, como dice un crítico,

faltó, para ser poeta, sello de personalidad propia. No es de extrañar, pues, que en el *Relicario*, primer volumen de poesías del autor de *Angelus*, patente sea la influencia de sus amigos y la de los autores más admirados por ellos: Gautier, Baudelaire y Leconte de Lisle son los inspiradores de su música, que pretende desdeñar *dolores vulgares* y encerrarse en la impasibilidad contemplativa, preconizada por la escuela como supremo ideal del arte.

Por esta razón, aunque admirablemente versificadas, las composiciones incluidas en el *Relicario* carecen á menudo de “ese encanto indefinible, ligero como un perfume”, que encuentra ya Lemaitre en *Intimidades*. Es que la poesía no consiste en el verso, en la riqueza de las rimas, en los ripios sabiamente disfrazados, sino en la manera de ver, sentir y presentar las cosas; en ese algo que al traducirse el poema en idioma extranjero, conserva aún la esencia que lo distingue de la prosa.

De esa esencia están impregnados los versos de *Intimidades*, impresiones diarias de uno de aquellos amores de juventud, sin más accidentes que los comunes á todos ellos, incapaces de influir profundamente en la vida; amores de epidermis que dejan en el alma, como las tardes breves del estío, recuerdos de perfumes y rayos de sol, y á veces, la sombra de alguna nube.

¡ Con qué amor está tratado cada detalle en esas primorosas poesías ! Los sueños del amante, sus impacencias, sus enojos, y particularmente esos instantes exquisitos de intimidad y de confianza, en que el corazón y los labios se abren y se acercan, y el ambiente, como dice el poeta, tiene olor á besos, están pintados con los colores vivos de la verdad y revelan todas las delicadezas del artista enamorado. Es cada trozo una preciosa miniatura, en la cual se encontrará quizás algún toque afeminado, alguna expresión rebuscada ó inútil ; pero, para compensar esos lunares,

¡ cuántos deliciosos versos ! ¡ qué languidez arrulladora de ritmo ! La discreción y la elegancia forman el fondo de esa poesía voluptuosa y refinada, acariciante y enfermiza. No es de extrañarse, pues, que con las cualidades indicadas, y casi diría, con los defectos señalados, agraden tales versos y existan entre sus admiradores algunos, como Lemaitre, que los consideren á la par de los mejores y más sinceros entre cuántos produjo el poeta.

Sin embargo, no era éste el camino que debía llevarle á la popularidad : nuevos horizontes aparecieron á su vista, y pronto, abandonando por completo antiguas predilecciones, se entregó á las tendencias naturales de su espíritu, para alcanzar el puesto separado que ocupa hoy en la literatura francesa contemporánea.

Es en *Angelus* donde manifiesta ya Coppée las dotes del narrador sencillo, del poeta familiar de *Los humildes*. Este poema es la historia de un ni-

ño abandonado, recogido una tarde de invierno, junto á la iglesia, por el cura y el sepulturero de un villorrio, dos ancianos de alma sencilla y pura, sin más aspiraciones que hacer el bien á sus semejantes y vivir en paz con la conciencia. Pobres, solos en el mundo, al hallar la criatura, que es para ellos el fin de su aislamiento, la recompensa que la Providencia les reservaba, sienten despertar en lo íntimo de su sér afectos paternales; ambicionan para su hijo adoptivo cuanto bueno y grande para ellos nunca buscaron, sin ver que, á pesar de todos los cuidados, faltará siempre á *Angelus* el calor del regazo materno, y que morirá, como las plantas que no reciben luz, resignado y triste entre los brazos de los dos ancianos.

Profundo es el estudio psicológico del cariño senil del cura y del sepulturero, y el final del drama, trágico y grandioso. Esos hombres, constituídos en padres de la criatura, que le ven crecer y morir junto á sus corazones, le rendirán

también los postreros tributos con que el cristiano despide á los que abandonan la tierra: el cura, cantando las plegarias de los muertos, y el sepulturero, cavando la fosa y encerrando en ella el cadáver de *Angelus*.

... Pour ces vieillards le sort complice
Rendit plus douloureux et plus long le supplice.
Le prêtre —il était prêtre, hélas!—dut sur le corps
De son enfant chanter les prières des morts,
Lui jeter l'eau bénite en sanglotant, et boire
Ses pleurs qui se mélaient au vin dans le ciboire.
Il dut l'accompagner jusqu'au dernier logis,
Où le soldat, les yeux par les larmes rougis,
Dut sur son vieux sabot pousser la lourde bêche
Et couvrir le cercueil de terre, toute fraîche.

Los paisajes que sirven de marco á acción tan conmovedora y sencilla responden perfectamente, por su gravedad y melancolía, al asunto del poema. He aquí uno de ellos:

Si le son de la cloche est triste, il l'est bien plus
L'hiver, quand vient la nuit et quand c'est l'*Angelus*
Qui sonne lourdement au clocher du village
Rythmé par les sanglots de la mer sur la plage.

Dans le cœur son écho lugubre retentit.
Celle qui reste songe à celui qui partit
Sur la barque, parmi la brume et la tempête,
Et se demande, auprès du rouet qui s'arrête,
Si là-bas, dans les flots, son homme, le marin,
A comme elle entendu les coups du grave airain,
Et si, malgré la lame affreuse qui grommelle,
Il s'est bien souvenu de se signer comme elle.

Como se ve, Coppée está ya lejos de la corriente de los Parnasianos, que le tratarán de burgués por haber arrancado la poesía de las alturas inaccesibles al vulgo, aplicándola á las cosas ordinarias de la vida. Sus versos no serán, como los de Verlaine ó los del mismo Banville, caprichos de funámbulo que se entretiene en desplegar habilidades de prestidigitador con palabras sonoras y huecas: serán el molde magnífico donde derramará la poesía olvidada de los rincones parisienses, de multitud de seres desconocidos, que no por humildes interesan menos que los personajes convencionales de las leyendas indias, tan en boga durante un tiempo entre los

discípulos del ilustre autor de *Kain*, Leconte de Lisle.

Muchos géneros cultiva Coppée, en muchos sobresale; su composición *Printemps* recuerda las más hermosas de Ronsard y de los poetas de la pléyade; *El Cañón*, ese cañón monstruoso, demasiado pesado y viejo para concurrir á la futura guerra, pero que celebrará en París el día de la victoria con su voz de trueno; ese cañón que fortalece la esperanza del pobre hijo de Alsacia, que, con el arma al brazo, vela junto á él; ese cañón que apunta siempre hacia el Este, es nota de patriotismo viril, capaz de conmover al más escéptico; pero el género narrativo de los *Poemas modernos*, *Los Humildes* y los *Cuentos en verso*, reúne de una manera más precisa las cualidades del autor, y por esta razón, nos servirá de base en el presente estudio.

II

La poesía familiar, cultivada desde hace mucho en Alemania é Inglaterra, era poco conocida en Francia. Algunos fragmentos de Lamartine y de Brizeux, algunas composiciones de Víctor Hugo y de Sainte-Beuve, suelen descender á un medio más prosaico que el comunmente frecuentado por los poetas de la época; pero dominados por la imaginación, y más aún, por las teorías literarias en moda, ellos mismos huyen en esas ocasiones los detalles vulgares como indignos del artista, ó los velan tanto con las galas de la retórica que más parecen soñados que vistos. Además, Víctor Hugo, cuando pinta personajes humildes, les da ideas y sentimientos tales, que uno supone al poeta detrás de ellos, dictándoles algún trozo de *Hernani* ó de *La leyenda de los siglos*, lleno de

antítesis, de figuras colosales, que sólo pueden nacer en el cerebro del lírico portentoso, cuya figura avasalladora se levanta siempre en medio de sus creaciones para obscurecerlas con su propia sombra.

Coppée, si cae en defecto, es en el contrario. Sus modelos se encuentran en todas partes, nos codean por las calles, y si muchas veces pasan inadvertidos, su misma vulgaridad los esconde. Y sin embargo ¡cuánto nos interesa el poeta con su *Petit épicier*, su *Marchande de journaux* y tantas otras criaturas semejantes! Es que él las ha tratado de cerca, conoce sus púdicos dolores y el drama íntimo de sus vidas; y por eso sus personajes nos atraen, los amamos y agradecemos al poeta la revelación de sus corazones simples, donde el sentimiento, virgen aún, se manifiesta con la frescura y la sinceridad de los primitivos.

La predilección de Coppée por la pequeña burguesía se explica lógicamente: “él mismo, dice su biógrafo, M. de Les-

cure, hijo de modesto empleado, empleado á su vez, sin más aristocracia que la inteligencia, salía de ese mundo burgués y popular, de ese mundo de vida estrecha, de horizontes apagados, encerrado en deberes sin alegría y habitaciones sin aire, que sólo el domingo puede procurarse el inocente placer del paseo y el espectáculo de la naturaleza”.

Esa primera faz de su existencia tenía que atraerle, pues, con la fuerza irresistible con que siempre nos atraen las memorias de la infancia, embellecidas por la imaginación, suavizadas por el tiempo y llenas de ese encanto melancólico y dulce que adquieren las cosas en la penumbra del recuerdo.

Las escenas íntimas narradas en los *Poemas modernos*, *Los Humildes* y los *Cuentos en verso*, usando de una palabra nueva, pero gráfica, puede decirse que son *vividas*. También, cuando Zola, en *Pot-Bouille*, trata de darnos á conocer el medio familiar al autor de *Petits bourgeois*, éste se indigna de tal carica-

tura, condena los procedimientos empleados, y concluye por declarar falsa la obra; conclusión que no nos sorprende, porque á nosotros mismos, que ignoramos lo que pasa en la sociedad francesa, los cuadros del poeta nos producen una impresión de realidad mayor que la novela del robusto naturalista, del épico colosal de la bestia humana, como alguien le ha llamado.

En la imposibilidad de estudiar uno por uno los poemas contenidos en los libros arriba citados, nos contentaremos con elegir dos de ellos, que según nuestro juicio, ó más bien, nuestra simpatía, son hasta ahora las obras maestras de Coppée en el género. Uno de ellos lleva por título *Le Fils*.

Los héroes de este poemita se hallan clasificados por el portero que les alquila dos cuartos en un quinto piso: *c'est de petites gens*; juicio que confirma al ver los muebles de sus nuevos locatarios: *c'est du tout petit monde*. En efecto, se trata de una madre que, con

grandes sacrificios, costea la educación de su criatura, quien más tarde, al obtener en el colegio los laureles del triunfo, despertará egoistas cálculos en el espíritu del portero que antes la despreciaba.

Ce père, ému par tant de courage et de zèle
Reva ceci:—Plus tard?... Pour notre demoiselle?

Pero la escena cambia de pronto. El niño, adolescente ya, oye de labios de su madre una terrible confesión: no tiene más nombre que el suyo:

Il apprit qu'il n'avait que le nom de sa mère;
Et qu'elle n'était pas veuve aux yeux de la loi.
Elle gagnait sa vie à vingt ans. Mais pourquoi
Laisser aller ainsi, seule, une jeune fille?
La maîtresse de chant et le fils de famille,
Un drame très banal. Le coupable était mort
Brusquement, sans avoir pu réparer son tort.
Elle eut voulu le suivre, en ce moment funeste,
Mais elle avait un fils: — Un fils! tu sais le reste.
Voilà, depuis seize ans, mon désespoir profond. •
Je n'ai plus de santé, mes pauvres yeux s'ent vont.
Tu n'a pas de métier, et nous avons des dettes.

El joven, que tenía la mente llena de sueños de gloria, sacrifica todo en aras del deber, y para sustentar á su madre, ocupa sus días en un empleo humilde y parte de las noches en rascar el violín en un café-concierto.

Los años de hastío y desaliento que suceden á su decisión heroica, amargados con la muerte de la madre, único sér que le amó en el mundo, están descritos con una sencillez que aumenta lo desgarrador del drama. Los versos fáciles y concisos, “marchan francamente por el suelo, y, no obstante, tienen alas”. Vamos á transcribir algunos, los que terminan el poema, porque sólo ellos pueden dar idea exacta del procedimiento empleado por el artista.

Il sentit que son áme et son corps avaient pris
Depuis vingt ans la lente et puissante habitude
De l'ennui, du silence et de la solitude ;
Qu'il n'avait prononcé qu'un mot d'amour : Maman,
Et qu'il n'esperait plus que son simple roman
Put augmenter jamais d'un plus tendre chapitre.
Le jour à son bureau, le soir à son pupitre,

Il revient donc s'asseoir résigné, mais vaincu ;
Et, libre, il vit ainsi qu'esclave il a vécu.
Même dans la maison qu'il habite, personne
Ne songe qu'il existe et, la nuit, quand il sonne,
Le vieux portier, il a soixant-dix-sept ans
Et perd la notion des choses et du temps —
Se reveille, maussade, et murmure en son antre
“ C'est le petit garçon du cinquième qui rentre ”.

El otro poemita que quiero citar es *La marchande de journaux*, en el cual la emoción del poeta se combina con algunos rasgos satíricos. La vendedora, al explicar á su cliente, el poeta, las causas de la mayor ó menor circulación de los diarios, llega á interesarle en la cosa pública, sino por ella misma, porque sabe que cuanto mayores sean los tumultos en la cámara, más fácilmente ganará su pan la pobre vieja.

Et quand par un hasard devenu bien banal,
J'apprenais, en voyant les pages du journal
Pleine d'alinéas et de rappels à l'ordre
Que nos législateurs avaient falli se mordre
Et qu'en plein parlement ils s'étaient outragés,
Rêveur, tout en lisant leurs discours prolongés,
Où le bon sens souffrait autant que la grammaire,
Je me disais: — Tant mieux pour la pauvre grand'mère.

Además, en aquellos versos en que el autor se reprocha su indiferencia en política, y examina el gabinete que está en el poder, y lo encuentra excelente, y se propone sostenerlo, y lo ve derrumbarse, apunta una maliciosa crítica al amor que muestran los franceses por los cambios de gobierno, aunque éste sea el mejor de los gobiernos posibles.

En cuanto á la acción principal, ella no es más complicada que la expuesta á propósito de *Le Fils*. Una vieja, vendedora de diarios, sustenta con su industria la delicada existencia de un niño huérfano, su nieto, que á pesar de todos los cuidados, sucumbe víctima de la tisis hereditaria. La abuela, con energía inquebrantable, sigue en su kiosko, atiende á sus clientes y se preocupa aún de los acontecimientos que aumentarán la venta y le procurarán lo suficiente para adquirir un terrenito en el cementerio y poder llevar algunas flores á la tumba de su querido difunto.

¿Cómo con semejantes dramas, con

temas tan sencillos logra el poeta cautivarlos? Este fenómeno no se explica sino por dos razones: la sinceridad del autor y la forma de sus poemas. Coppée no frecuentó inútilmente el cenáculo de los Parnasianos, cuyos poetas, aunque tenían una concepción del arte muy deficiente y estrecha, no por eso carecían de verdaderas cualidades, como ser, profundo conocimiento de la parte técnica del verso; intuición de la secreta armonía que existe entre la idea y el ritmo, y anhelo de hallar la palabra pintoresca y precisa, que produce inmediatamente las sensaciones de color y vida deseadas — cualidades que al servicio del autor de *Los humildes*, salvarán sus poemas de los prosaísmos con que tropieza frecuentemente ese género de literatura, tan difícil bajo sus apariencias fáciles. El cargo que Lemaitre y Guyau le hacen de confundir á veces lo trivial con lo sencillo, y descender en busca de lo verdadero hasta lo baladí, nos parece exagerado; pues, el mismo

Petit épicier, que es un *tour de force*, es siempre un *tour de force* admirable. Lo cierto, lo indiscutible para todos, está en la gloria que corresponde á Coppée de haber introducido en la literatura francesa una nota original, un eco de la novela contemporánea, como dice Zola, y esto basta para asegurarle un puesto de honor al lado de Leconte de Lisle y Sully Prudhomme, sus émulos y amigos.

III

Antes de concluir este ligero estudio, queremos poner de relieve otro de los caracteres de Coppée: su *parisiensismo*. Coppée ama su querida Lutecia como la amaba el emperador Juliano, y cuando se ve lejos de ella, ya sea al pie de los Pirineos, ya á orillas del Atlántico, sueña con algún tranquilo barrio de la ciudad regado por la Bièvre:

J'ai partout le regret des vieux bords de la Seine,
Devant la vaste mer, devant les pics neigeux,
Je rêve d'un faubourg plein d'enfance et de jeux...

Por eso el fondo de sus telas es casi siempre un paisaje urbano, y como conoce á París piedra por piedra, la exactitud de la pintura, llena de encantadores detalles, despierta en el espíritu la impresión de algunos cuadros de Van der Heyden. Coppée, como Montaigne, podría decir: *je ne suis français que par cette grande cité.*

Tales tendencias le hacen también el poeta más popular de su país, el que mejor comprenden todos, así el artista como el hombre del pueblo, y el único que hasta ahora supo retratar sinceramente, sin exageración ni caricatura, esa pequeña burguesía que vive ignorada entre el estruendo de la moderna Babilonia, y laboriosa y paciente, cura las heridas de Francia y edifica, para asombro del mundo, la grandiosa exposición del ochenta y nueve.

No hablaremos de las obras dramáticas del autor de *Severo Torelli*, ni tampoco de sus escritos en prosa, prosa de poeta, como diría Sainte-Beuve; porque ellos merecen un estudio especial, y nuestro objeto fué sólo dar idea de lo que hay de más característico y propio en su talento, de las causas que le hacen popular.

En esta época de naturalismo grosero ó de decadentismo enfermizo, poetas de la índole de Coppée nos fortalecen y consuelan: es dulce, como el mismo lo dice, en momentos en que los “Macabros” nos meten bajo las narices sus ramos de flores carnívoras, ir al bosque y recoger violetas.

DEL NATURAL

POR FEDERICO GAMBOA

(Guatemala, tipografía *La Unión*, 1889)

Hace mucho que la novela corta es conocida en la literatura castellana, y sin necesidad de remontarnos hasta los cuentos contenidos en el *Conde Lucanor*, basta, como prueba de lo afirmado, recordar las *Novelas ejemplares* de Cervantes, modelos admirables de fina observación y delicado gusto. Nunca, sin embargo, alcanzó este género la importancia que tiene en el presente siglo, en

el cual no existe casi autor de alguna nombradía que no haya publicado un volumen de pequeñas narraciones, episodios del poema de la existencia ó de la fantasía, que constituyen entre sus demás producciones algo así como los bocetos en la obra del pintor.

En Francia, desde Nodier y Mérimée hasta Daudet y Guy de Maupassant, en España, desde Bécquer y Fernán Caballero hasta Pereda y Galdós, muchísimos son los que, con diversa fortuna y tendencias distintas, se han entregado ó se entregan al cultivo de la novela corta, y el favor con que es ésta acogida por el público, induce á creer que conservará por largo tiempo su vitalidad de ahora. Las causas de ésta no necesitan explicarse: aquellos hombres que, ocupados por las múltiples exigencias de la vida, cada día más difícil, tratan de distraer su espíritu en cosas que le aparten de las miserias comunes, buscan en diarios y revistas lecturas fáciles, entretenidas, con cierto matiz literario y hasta

psicológico, verdaderas *Novelas condensadas*, según la expresión de Lemaitre, que al llenar sus momentos de ocio no distraigan mayormente sus otras atenciones; y como son muchos en la época actual los que poseen una educación semi-artística, pero que no disponen de tiempo bastante para entregarse á serios estudios, esas breves narraciones, esa literatura en dosis homeopáticas, se hace necesaria, casi imprescindible. Y lejos está de nosotros la idea de protestar contra ese gusto, al que se deben joyas tan primorosamente cinceladas como *Le vase étrusque* ó *Les vieux*, que bastarían para dar nombre á un autor cualquiera, llámese éste Mérimée ó Daudet.

No es extraño, pues, que en América existan algunos escritores que busquen su reputación en ese género, ó que por lo menos ensayen en él sus fuerzas antes de lanzarse á mayores empresas; y no lo es tampoco, el que se imite á los maestros más aplaudidos, aunque, por lo co-

mún, mal, algunas veces, con discreción, y pocas, muy pocas como lo hace Rubén Darío cuando sigue y se adelanta luego á su guía Catulle Mendès.

Hoy vamos á estudiar un libro, cuyo autor, que conoce á todos sus colegas franceses, tiene mucha analogía con algunos de ellos, sin parecerse precisamente á ninguno. Hablamos del joven escritor mejicano, Federico Gamboa, secretario de la legación de su país en el nuestro y miembro correspondiente de la Academia española, títulos ambos que si bien demuestran tratarse de persona distinguida, en nada influirán sobre la imparcialidad de nuestro juicio.

II

Del Natural se llama el libro del señor Gamboa, y si las observaciones contenidas en él no responden siempre á su

nombre, éste parece legítimo cuando se mira el conjunto de la obra, que con ser la primera del autor, es ya la de un escritor de verdadero mérito y conciencia literaria. Del natural toma, pues, Gamboa sus cuadros; pero los toma como artista; es decir, dándoles el calor de su propia sensibilidad; haciéndolos vivir con la vida real, movable y profunda de la naturaleza, que no es la impassibilidad de la fotografía, como quieren suponerlo algunos.

El libro contiene cinco novelitas : *El mechero de gas*, *La excursionista*, *El primer caso*, *Uno de tantos* y *Vendia cerillos*, y un prólogo, originalísimo en su misma brevedad, que les sirve de introducción.

La primera, trata ese asunto inagotable del adulterio, que después de Balzac, Feydeau y Flaubert, parecía difícil estudiar bajo formas nuevas, cosa que acaba de ser desmentida por la última novela de Tolstoï, *La Sonata de Kreutzer*, y prueba patente de que son infini-

tas para el pensador y el poeta las revelaciones de la vida.

El matrimonio pintado por el escritor mejicano es uno de aquellos que diariamente se efectúan en nuestra sociedad, hijo de momentánea exaltación, en la cual se olvidan las exigencias futuras, hasta que llegan éstas, con toda su corte de sinsabores, á interrumpir el idilio apenas comenzado.

Javier, el marido, se hastía pronto de de la vida doméstica; falto de recursos, ve naufragar su felicidad, y le remuerde la manera impremeditada con que ha obrado; Elisa, la esposa, al advertir que la luna de miel se eclipsa, al verse abandonada, sola, sin tener á quién comunicar sus penas, recuerda las palabras de un primo, desairado en otros tiempos:

— ¡Nadie te querrá como yo!

Y le da razón, y no hay criatura más desgraciada que ella.

Los hijos, que son como nuevos lazos que la naturaleza tiende entre el hombre y la mujer, no vienen á robustecer los

vínculos, ya tan débiles, de ese matrimonio desengañado; y como es de consiguiente, el marido busca consuelo fuera de casa, mientras la esposa, herida en su amor propio, sin las ilusiones primeras, siente en su alma despertar los celos, pasión que, como dice La Rochefoucauld, empieza pero no acaba siempre con el amor.

Un empleo bien rentado y la protección de un ministro facilitan á Javier los medios de entregarse á los placeres; se hace socio del British Club; toma querida, se enamora de ella, y es en el hogar la visita más rara y menos agradable.

El ministro, como hombre práctico, no prodiga desinteresadamente sus favores: va á comer con Javier en la casa conyugal, entabla relación con Elisa, es festejado por todos, y el desenlace del drama se prepara lógico é inevitable.

Después de una reyerta con su querida, cantora de un teatro de segundo orden, Javier se reconcilia con su esposa,

hace juramentos de enmienda y se cree salvado, cuando, en lo mejor del idilio, recibe una carta de la actriz, en la que ésta le amenaza con un escándalo si no concurre inmediatamente á la cita que le da. ¡Adiós propósitos de corrección y de tranquilidad! El marido disoluto vuelve á aparecer, abandona á Elisa desconcertada, y para colmo de infortunio, deja caer, al salir, en manos de ésta la carta de la querida.

Bajo el dominio de semejante impresión, Elisa, ciega de dolor y de ira, no sabe qué resolver, cuando la criada anuncia :

— El señor ministro ! ...

Es de preverse cuáles son los resultados de esta casual visita, y si en los detalles peca el escritor de alguna inverosimilitud, el remordimiento que sucede al delito de la mujer adúltera, las confidencias inevitables con la criada, cómplice en la intriga, están pintados con suma verdad y energía.

Javier, en tanto, sorprende á su que-

rida con el bajo del teatro en que ella actuaba; riñe con él, y estropeado, envilecido á sus propios ojos, vuelve á su casa; y al tratar de reconciliarse nuevamente con su esposa, algunas palabras, mal interpretadas por ésta, que cree todo descubierto, la llevan á la confesión de su culpa.

El marido ultrajado desafía al ministro, que emplaza el duelo, bajo pretexto de que su carácter oficial no le permite batirse con un subalterno; y el infeliz de Javier, colocado entre estos dos dilemas: el asesinato ó la degradación, pero de todas maneras la deshonra, no sabe qué camino tomar, cuando á sus espaldas, algunos socios del club, donde se halla, entonan en coro el vals de "El caballero de Gracia".

Tal es, sin entrar en los detalles, el asunto de *El mechero de gas*. La concepción general no es nueva, los resortes empleados en el desarrollo del drama no son de los mejores; pero el estilo y la parte descriptiva de la obra tienen bas-

tante mérito para salvar sus deficiencias, de las cuales sólo indicaré las más visibles.

No nos satisface el estado psicológico de Elisa al entregarse al ministro. La mujer no comete ciertos deslices sino impulsada por la pasión ó llevada por el cálculo, y en el cuadro que nos pinta el novelista ni una ni otra circunstancia existen. El momento hallado por el artista es feliz; feliz esa venganza que se presenta súbitamente á la esposa humillada; pero todo queda desvirtuado por las reflexiones de ésta, quien, al medir el peligro de la entrevista con el ministro, casi disculpa á Javier, y se arrepiente de los primeros impulsos de ira. En tal situación, la mujer resiste, y Elisa en su inexplicable conducta, sale de lo real, no es humana.

El cuadro final, la irresolución en que se encuentra Javier, colocado entre el asesinato ó la degradación; las mil ideas contrarias que deben agitarse y chocarse en su cerebro, elementos admirables

para un interesantísimo estudio, se hallan apenas diseñados; y lo sentimos también, porque ello debilita en mucho la conclusión de la novela.

Si se exceptúan estos lunares, frutos de la inexperiencia, todo *El mechero de gas* nos causa gratísima impresión, y aún después de leerlo, seguimos viendo multitud de cuadros pintados con vigor ó delicadeza, siempre frescos, vivos, inolvidables algunos, como la siguiente preciosa miniatura:

“Era la hora en que las niñeras recogen á su inquieto y parlanchín ganado, gruñendo en todos tonos por la retirada. Algunos rebeldes continuaban aún sus juegos con las cabecitas descubiertas y las mejillas teñidas de púrpura por la agitación. Á la mortecina luz del día en sus adioses, se divisaban sus cabelleras acariciadas con desorden por la brisa, formar rizos imposibles y encantadores.

“Había un diablillo de ojos azules que corría sin descanso, describiendo curvas que hubieran formado la reputación de

un arquitecto, hechas únicamente para evitar el regreso. Cada encuentro que evadía, le hacía reír, oyéndose su voz marchar en perfecto acuerdo con los trinos de los pajarillos al enviarse las buenas noches ”.

III

El argumento de *Una excursionista* es sencillísimo: una excéntrica americana, después de escandalizar con su manera de ser á sus propios compatriotas, pasajeros del Ferro-carril central mejicano, llega á Méjico, donde se ve asediada por un joven, de oficio conquistador, Fernando, que consigue de ella, tras mil esfuerzos, la aceptación de cenar juntos en una fonda. Allí la americana, al ver su virtud en peligro, se defiende de un modo tan varonil que da lugar á la intervención de la policía, en cuyas prisiones, sus compañeras de reclusión

descubren que la miss pertenece al sexo masculino, En efecto, era un célebre filibustero mejicano, que oculto bajo ese disfraz, quería averiguar cómo andaba la opinión pública respecto á sus congéneres. Después de este golpe, el enamorado Fernando se retira “á la vida privada”.

En esta novelita reina esa alegría de espíritu que prueba su fortaleza, como decía Ninón. Los cuadros descriptivos abundan y son aún superiores á los de *El mechero de gas*. La estación de partida, el convoy, los viajeros, la excursión á las montañas, todo está lleno de vida, todo interesa: es un cuentito acabado, cuyo mérito consiste, no en el argumento ni en la trama, sino en la narración misma, de una fluidez seductora, de un buen humor que revela juventud, que recuerda la risa franca y espontánea de Cervantes y Quevedo.

Pasaremos por alto *El primer caso*, producción débil, en la cual ni el estilo, ni algunos excelentes trozos descriptivos

hacen olvidar la vulgaridad y pobreza del argumento. *Uno de tantos* es, en cambio, un hermoso estudio. Carlos, ese hombre, niño casi en sus relaciones con la vida, que se deja seducir de pronto por una mujer de teatro, está, como Jeannete, la diva, vigorosamente tratado. Los distintos sentimientos puestos en juego, el desarrollo de la pasión, el modo como ésta vence la naturaleza fría del joven; para apoderarse de su voluntad y llevarle á los bordes del precipicio; la astucia desplegada por la mujer de experiencia, los recursos empleados para atraerse al tímido festejante y satisfacer el capricho de un momento; todo está *visto, vivido*, y tiene, en su cruel análisis, algo de esa amargura inevitable que toda realidad esconde en su fondo.

Jannette no se entrega aquí como Elisa en *El mechero de gas*: su acción se explica perfectamente por las circunstancias que la anteceden, por el examen de la perrita Fly y el deseo de encana-

llarse, como dice el autor; deseo que vive en estado latente dentro del alma de todas esas mujeres, hijas de la miseria y del vicio, dichosas siempre que pueden arrancarse la máscara social y revolcarse en el fango primitivo.

Nada, por ejemplo, más verdadero que esa pintura de la primer orgía, que ese despertar lleno de dolores y de hastío, cuando agotadas ya las fuerzas nerviosas, sólo quedan del placer apurado heces amargas : repugnancia y cansancio.

Gamboa, en este estudio, muestra condiciones de psicólogo no comunes : conoce todos los resortes de la pasión y todas las flaquezas de la voluntad ; sabe penetrar en los más hondos repliegues del alma ; y al pintarlos, lo hace con un lujo de detalles, con un cuidado de anatomista que recuerda á Bourget en *Mensonges* ó *Cruelle énigme*.

Á esto hay que añadir el colorido de la escena y los retratos de los personajes secundarios, grabados con el mordiente del agua fuerte. La primera represen-

tación de la compañía de opereta, el ensayo, la casa de juego, son otras tantas pruebas de la facilidad con que el artista maneja el buril, distribuye la luz y modela los contornos.

Con *Vendia cerillos* se cierra el volumen, y en este estudio, historia de los románticos amores de dos pilluelos, el autor, en vez de inspirarse en el realismo de la antigua novela picaresca, donde tantos caracteres semejantes al de Sardin existen, se complace en seguir á Víctor Hugo, en idealizar el tipo del débil, del miserable, sin hogar, sin familia, pero noble, generoso y puro entre el fango que le rodea y no alcanza á manchar más que sus vestidos exteriores. Semejante ser existe sólo en la mente del artista: es una aspiración, y si como tal, bella, en la realidad, imposible. No combatiremos, sin embargo, esa tendencia á lo ideal: personas habrá para aplaudirla, y al fin, en este caso, tendrán razón por lo bien llevada que está la obra.

IV

Tal es el libro de Gamboa, y al resumir las impresiones de su lectura, no nos queda más que ratificar nuestro juicio : se trata de un escritor de cualidades sólidas, que maneja bien la lengua y posee colorido propio; y la frase, la declamación, vicios modernos, como los llamaba Sainte-Beuve, no turban la limpidez de su estilo, al través del cual, sin esfuerzo alguno, se ve la claridad de las ideas; y con todas estas condiciones, con la experiencia que dan los años y la vida, puede asegurarse desde luego que tendremos en América un verdadero novelista.

VICTOR HUGO

EN AMÉRICA

Traducciones de ingenios americanos coleccionadas por José A. Soffia y J. Rivas Groot, Bogotá, casa editorial de M. Rivas y Compañía, 1889. 1 volumen en octavo.

Lejos estamos de las ruidosas representaciones de *Hernani*. Los hemistiquios de Hugo no levantan ya tempestades en el teatro, ni brilla en la platea, como enseña de combate, el rojo y legendario chaleco de Teófilo Gautier. Desde aquellos días, muchos cambios se han producido en los horizontes de la lite-

ratura ; y libre la crítica de nimios entusiasmos, juzga hay de modo muy distinto al de entonces la revolución romántica, y coloca cada una de sus obras en el puesto que legítimamente le corresponde, sin dejar de reconocer la importancia de ellas como factores en una de las más ricas épocas literarias modernas. Esta reacción contra las exageraciones de 1830, como todas las de idéntico carácter, ha caído, sin embargo, en innegables excesos ; y si Musset conserva aún indiscutible influencia sobre la generación presente, otros brillantes ingenios, como Lamartine y Vigny, están cada día más olvidados ; y Víctor Hugo, que alcanzó, gracias á su larga vida, y en mucho á su actitud política, verdaderas apoteosis, comienza también á ser desdeñado con inexplicable injusticia.

No es indudablemente el cantor de las *Orientales* el genio universal ideado por sus discípulos, dramaturgo y novelista, historiador y filósofo, orador

y profeta ; pero hay que reconocer en él, con sus críticos más imparciales, con Zola, con Menéndez Pelayo, al lírico eminente, el más grande de su época, y acaso de los tiempos modernos .

Imaginación deslumbradora, artista insuperable, aunque un tanto retórico y afectado, tenía Víctor Hugo todas las condiciones exigidas para ser jefe de escuela, y como tal, ejerció poder avasallador y sin antecedentes en la historia literaria de su siglo.

Entre aquellos que le consagraron maestro y siguieron sus tendencias, Saint-Beuve distingue, y con mucha razón, diversos grupos : unos se detienen á imitar las obras de la primera época del poeta, la de las *Olas y aladas*, ó cuando más, la de las *Hojas de Otoño* y *Cantos del crepúsculo* ; y otros, por el contrario, toman como punto de partida en aquéllas, el extremo más allá del cual no le seguían nunca los primeros.

Para desgracia de la literatura hispa-

no-americana, sus escritores, seducidos más por los oropeles retóricos que por los aciertos del ilustre francés, mostraron marcada predilección por la última de sus fases, salvo honrosas excepciones, entre las cuales hay que mentar al insigne venezolano Andrés Bello.

La historia de la influencia de Víctor Hugo sobre la literatura americana será siempre tema tan interesante como curioso. También, todo lo que con ella se relacione, tiene que atraernos, y por esta causa, el libro de los señores Soffia y Groot, *Victor Hugo en América*, además de llegar en hora oportuna, despertará en el espíritu de las personas amigas de las letras el deseo de conocerlo.

Por nuestra parte, al señalarlo en este artículo bibliográfico, nos cabe desde luego el placer de felicitar á sus autores por haber conservado en su obra el orden cronológico existente en la original de Víctor Hugo, de modo que las versiones correspondientes, encabeza-

dás con el título primitivo, facilitan al lector curioso, la confrontación con el texto.

Tal modo de proceder nos parece acertado, y sentimos no decir otro tanto de la inserción en la obra de algunas traducciones debidas á ingenios peninsulares, por más que los autores pretendan haberlo hecho “con el deliberado propósito de abrir los brazos á hermanos de allende los mares, para borrar con fraternales miras aquellos lindes que son en el mundo material y que no han de ser en el mundo de las ideas”. A nuestro modo de ver, este paso, generoso, sin duda, además de contradecir el título de la colección, la hace bastante deficiente; pues conocemos, como conocerá el Sr. Groot, versiones de autores españoles, que aunque no incluídas en su libro, merecen estarlo más que muchas de las que en él figuran.

Tampoco el galano estudio que precede al libro nos satisface completamente, y sin discutir la exposición teológica

de sus primeras páginas, nos permitiremos hacer breves observaciones.

¿Puede, en calidad de pensador, figurar Víctor Hugo en este siglo, y al lado de Stuart Mill y de Spencer, de Wundt y de Haeckel, de Ribot y de Guyau, para no citar otros muchos, que sin ser idealistas ni católicos, constituyen la mejor gloria de la filosofía contemporánea?

No, es imposible; y sin embargo, el Sr. Groot, al fulminar contra no sé qué ciencia *atea y orgullosa*, parece creerlo así, y concluye, como es natural, encarnando el siglo en la obra de su poeta, como si no hubieran vivido en él Humboldt y Goethe, espíritus ambos tan poderosos y más universales que Víctor Hugo.

Ni la interposición del Océano y la muerte entre el poeta y el crítico, pudieron salvarle, como lo asegura, de entusiastas exageraciones, cuyo origen él mismo nos explica al confundir la memoria del cantor de *La leyenda de*

los siglos con recuerdos de horas dulces en la existencia, con el escenario de las primeras lecturas, con los ricos mirajes de nacientes ensueños.

Salvo estos detalles, el estudio del Sr. Groot sentido y pintoresco, nos parece digno umbral del encantado palacio del poeta, en el cual, luminosos y audaces, ostentan los hijos de la imaginación sus ricas vestiduras y cálidos colores.

Difícil sería juzgar ahora una por una las composiciones encerradas en el libro, cotejarlas con sus originales, y dar una idea exacta del procedimiento empleado por los distintos traductores. Como la tarea, interesante y grata, nos llevaría muy lejos, nos contentaremos con decir que las versiones pecan generalmente por falta de fidelidad; y que, muchas de ellas, no toman del poeta francés más que lo substancial de los pensamientos.

Tampoco se podría añadir algo fuera de lo vulgar sobre las magistrales imi-

taciones de Andrés Bello, juzgadas definitivamente como joyas de alto precio en la literatura castellana, y entre las cuales figuran *Moisés* y *La oración por todos*, composiciones, según D. Miguel Antonio Caro, en las que se ven los originales extraordinariamente mejorados. Pero hay algunas traducciones en el libro, completamente desconocidas entre nosotros, que tanto por la robusta versificación como por lo castizo del lenguaje, merecen ocupar distinguido puesto, aun al lado de las citadas muestras del ilustre cantor de la Zona tórrida. Figuran en este número *Damoetas*, *En el cementerio* y *Quien ama no vive*, respectivamente vertidas por los señores N. Pinzón, E. León y M. A. Caro; y también la de los autores del libro, el malogrado poeta chileno José Antonio Soffia y el distinguido escritor bogotano José Rivas Groot, quienes, con *Los infelices* y *El siglo*, ofrecen á los amantes de lo bello dos finas y preciosas perlas.

De la última de estas composiciones, obra del Sr. Groot, transcribimos las dos estrofas finales, para que el lector juzgue en conciencia y nos diga si no parece el mismo Núñez de Arce autor de ellas :

El alma, sumergiéndose en lo ignoto,
Muestra el arcano roto,
Y en todo arcano un verbo inesperado;
Y la altiva razón señala abiertas
Las misteriosas puertas
Del verbo indescifrable, descifrado.

Yo á la gloria del siglo uno mi gloria,
Y mi historia á su historia,
Y en sus arenas mi laurel conquisto...
Pero este siglo indómito me espanta :
Que tu voz dulce y santa
Muere del siglo entre el clamor—¡oh Cristo !

También, como tenía que suceder en obra tan voluminosa, hay mucho mediocre, y bastante pésimo. Entre las composiciones traducidas á este último género, citaré *La mujer caída* y *El canto del circo*, borrones de la pluma de dos poetas *de cuyos nombres no quie-*

ro acordarme. De semejantes cosas, atestada está la literatura nuestra, y no es necesario recurrir á versiones; los originales bastan.

Ningún poeta argentino figura en la colección, y aunque no extrañamos tal ausencia, por ser casi desconocidas las traducciones de Hugo hechas aquí, es bueno tener presente que las hay hermosas y de nuestros más robustos ingenios.

En próxima edición, el Sr. Groot podrá salvar las deficiencias de la presente, y aunque la suerte le haya arrebatado al compañero de su noble tarea, creemos que debe proseguirla como homenaje á su memoria, y también, como servicio á las letras americanas, en las cuales lugar tan distinguido ocupa.

PRIMEROS VERSOS

Al poeta Casimiro Prieto.

“ Aquella casa me parecía un templo. Con la profunda devoción del creyente, me deslicé por el zaguán estrecho, y al encontrarme en el ancho patio de baldosas, frente á una puerta pintada de verde, sobre cuyo dintel se leía “ Redacción ”, sentí que me temblaban las piernas, que el corazón me latía fuertemente y que, á pesar de todas mis resoluciones, me entraban deseos irresistibles de volver á la calle y abandonar la empresa.

Detúveme un rato para respirar, y después, como obedeciendo á un movimiento reflejo, llamé con las manos. Acudió el sirviente, un gallego de cara asombrada, ancho de hombros, de figura tosca ; uno de esos individuos nacidos para los rudos trabajos de la tierra, á quienes el hambre arroja á extraños centros, y que parecen hallarse en ellos siempre fuera de quicio.

—¿El señor Velázquez? pregunté.

—Pase Vd., contestóme el gallego, y tendiendo la mano vellosa hacia la puerta, abrió ésta con un golpe rudo y me hizo seña de que entrara.

Obedecí, y me hallé de pronto en un pequeño despacho, en cuyas paredes, empapeladas con un papel claro, de dibujos caprichosos, dormían, suspendidos de un clavo, multitud de periódicos.

Una mesa-escritorio, llena de papeles y libros ; una pequeña biblioteca, dos sillones de cuero y media docena de sillas, formaban todo el mueblaje. Delante de la mesa, inclinado sobre ella en

actitud de escribir, la pluma en una mano y en la otra el cigarrillo, se hallaba D. Justo Velázquez, el conocido literato, recién llegado de España, y redactor de *El Marcos de Obregón*, periódico satírico-literario.

Al verme, levantó su enorme cabeza calva, fijó en mí sus grandes ojos negros y pensativos, inclinóse ligeramente, y después de colocar la pluma junto al tintero, se pasó la mano por la barba blanca y se puso en actitud de escucharme.

—Señor, le dije con voz trémula, que en vano trataba de parecer tranquila, sé que Vd. es amigo de la juventud, que protege sus aspiraciones, y vengo á traerle unos versos por si le parecen dignos de publicarse.

—¿Versos?... Ya sabe Vd. que esas cosas no se leen; pero déjemelos; necesito verlos despacio, y ahora estoy muy atareado.

—¿Y podría saber la contestación?

—Pase mañana y la tendrá Vd.

Al decirme esto, se levantó de su asiento, me tendió la mano, y como comprendí que, aunque cortesmente, se me despedía, le saludé y salí dando tropezones. Las lágrimas parecían querer desbordar de mis ojos. No era ese el recibimiento que había imaginado, la recompensa de mis largas horas de labor, de mis noches pasadas en vela, buscando consonantes y puliendo la frase rebelde, que al fin, sumisa, se prestaba á guardar los sentimientos más íntimos de mi corazón, ó por lo menos, los que entonces me parecían tales.

Los que nunca han sentido el martirio de la producción, ese dolor de la maternidad cerebral que ha desesperado á tantos, á Baudelaire y á Flaubert, arrastrándolos hasta la locura, no podrán tampoco comprender nunca el amor de la obra propia, de ese hijo que, perfecto ó deforme, lleva siempre en sí lo mejor de nosotros mismos.

*
* *

Todo ese día, toda la noche que le siguió, no tuve más preocupación que la de imaginar cuáles serían los resultados de mi visita; y cuando, á la mañana siguiente, abandoné el lecho, un fuerte dolor de cabeza parecía punzarme el cráneo.

Las horas no marchaban para mí. El reloj, que consultaba á cada minuto, parecía tener agujas inmóviles.

Sin embargo, el momento esperado llegó, como llegan todas las cosas. Volví á la redacción, donde D. Justo, con una sonrisa amable, que me presagiaba mucho de bueno, me hizo sentar á su lado.

—He leído sus versos, me dijo. Hay cualidades allí que, bien dirigidas, pueden dar algún día sus frutos. Publicaré, pues, sus versos; pero antes, hay

que cambiar el título, demasiado vago, y corregir algunas cosas.

Los tales versos se titulaban *Vacio*; eran, como los de todo principiante, del género amatorio; y como no hay por qué recordarlos, diré solamente que cantaba en ellos mi primer desengaño.

Seguí las indicaciones de D. Justo y me retiré, no ya como la primera vez, triste y cabizbajo, sino feliz, orgulloso, lleno de ese contento irresistible, que á no contenerse, desbordaría en gritos, abrazos y otras mil manifestaciones tan peligrosas como ellas para el prójimo, víctima siempre en semejantes circunstancias.

Cuando me vi en la calle, me pareció que todas las caras sonreían, que el sol brillaba con más fuerza, que había más calor en el aire y más profundidad en el cielo.

El mundo acababa de sufrir para mí profundas transformaciones; y de allá, del fondo de mi alma, surgía algo así

como perfumes de primavera y cantos de aves.

*
* *

Pocos días después, *El Marcos de Obregón* daba á luz mis versos. ¡Con qué placer tomé ese número y cuántas veces leí las líneas desiguales que encerraban mi trabajo! Éste, con su nueva vestidura, bajo la esmerada forma tipográfica, no parecía el mismo; creo que hasta me asombré de mi producción y la admiré como si fuera de persona extraña.

Compré varios números del periódico y me puse á vagar por las calles más frecuentadas de la ciudad.

Un fenómeno extraño se producía en mí: todos me miraban, y cuando, conversando, pasaba algún grupo, creía que se pronunciaba mi nombre; si alguno me fijaba los ojos, era que había

adivinado en mi persona al autor de los versos.

Cuando divisaba algún amigo, me dirigía hacia él con fingido aire de indiferencia, en espera de calurosas felicitaciones. Si éstas no llegaban, ó porque aquél no había leído el periódico ó porque no las juzgaba oportunas, mi vanidad de autor se sentía profundamente herida, y, al retirarme, no dejaba de murmurar entre dientes: ¡ignorante!

En casa, la cosa pasó de otro modo. Leí en la mesa mis versos, y á su lectura, mi madre, que ya me juzgaba un portento, sentía llenársele de lágrimas los ojos; mis hermanos sonreían; y mi padre, aunque íntimamente halagado por mi triunfo y los plácemes que también le cupieron, hacía lo posible para conservar una actitud digna y severa. Concluída la lectura, el periódico volvía á circular de mano en mano hasta llegar á la de mi padre, que rechazándolo, me decía :

—Ocúpate en estudiar y no pierdas así tu tiempo.

Yo callaba, pero en el fondo de mi sér sucedían cosas extrañas; sentía algo como una ola que subía hasta mi garganta; mis ojos se cerraban con delicia; y mi imaginación, aguijoneada por el vino, soñaba con futuras apo-teosis....

*
* *

Después de estos versos, muchos otros llevo escritos y publicados; pero esa impresión primera, que dió á mis labios el sabor de la gloria, no se ha reproducido, no se reproducirá acaso nunca.

Y lo siento, porque es con esas sensaciones con las que el hombre construye su endeble felicidad, y cuando ya no se perciben, la vida vale poco.”



Al concluir la historia de sus primeros versos, nuestro amigo Julio se levantó de la mesa, dirigióse al sofá, recostóse en él, y después de encender un cigarrillo y lanzar una gran bocanada de humo, cerró los ojos y se quedó dormido, saboreando quizás en sueños su primero y único triunfo.

FIESTA

Esta palabra, que nos deja hoy impasibles, tuvo en otras épocas inenarrables encantos para todos, y en cuanto á mí, al oírla pronunciar, siento todavía en el pensamiento, como alegre bandada de pájaros, despertar el bullicioso enjambre de las horas estudiantiles.

Tres ó cuatro días de encierro, cien lecciones aprendidas de memoria, otras tantas páginas borroneadas con impaciente pluma, y el todo interrumpido súbitamente por un día de jolgorio, de luz, de libertad, con permiso de correr por calles y jardines, de treparse á los

árboles, de romper flamantes pantalones domingueros ! ...

Es preciso haberse quedado alguna vez en penitencia, condenado á copiar doscientos renglones del *Juanito*, para comprender todo el valor de esos deliciosos instantes !

El reloj del colegio, el triste reloj eternamente atrasado, anunciaba con siete pesados golpes la hora del despertar, y entre el ruido de la clásica campana, la *juventud estudiosa* salía de sus lechos con un confuso rumor de colmena sorprendida, sembrando el vasto dormitorio con sábanas, almohadas, camisas y multitud de objetos, juzgados, después de la noche, completamente inútiles.

Tres palmadas del celador, gallego refinado, ex-oficial del ejército carlista ó antiguo estudiante reprobado de la Universidad de Santiago, anunciaban el momento de la limpieza general ; y todos, con la palangana de lata en una mano y un descolorido lienzo en otra,

nos precipitábamos en tumulto por la puerta del estrecho baño.

Los rostros, generalmente tristes y ojerosos en tales circunstancias, hallaban ese día reflejos de súbita ventura, y las carcajadas, los gritos y otras mil manifestaciones del júbilo y de la edad, se sucedían con inusitado estrépito. El gallego estaba, sin embargo, allí, con el ceño fruncido, la mirada torva y los labios prontos para lanzar la terrible sentencia: “Fulano de tal, dos horas de arresto”.

No hay en el mundo, no, persona á quien se le haya odiado más que á ese infame carcelero de la niñez, cuya presencia sola despertaba en nuestras almas viriles protestas y enérgicas manifestaciones, ahogadas apenas por la convicción profunda, y á veces palpable, de nuestra triste impotencia.

Algún día, nos decíamos, seremos hombres, y entonces ¡ay de él si llega á caer en nuestras vengadoras garras!

No obstante, con el entusiasmo de las

próximas horas de libertad, esas nobles resoluciones se manifestaban con menor energía en los días de fiesta, y aun alguno, sin temer el terrible calificativo de *adulón*, podía entonces dirigir la palabra al enemigo diario.

Éste, cuyos deseos eran no tener muchachos que cuidar, interrogaba á todos sobre la hora en que se les vendría á buscar, y si alguno, por mal de sus pecados, no se hallaba comprendido en la ley de salida, se transformaba inmediatamente en el blanco de sus tiránicos furores. ¡Qué lánguidos rostros los de estas pobres víctimas! ¡Cómo, al ver á sus compañeros alejarse alegremente de la prisión semanal, el llanto, á duras penas contenido, corría de sus párpados en espesas gotas!

¡Si un psicólogo hubiera observado entonces lo que pasaba en sus almas! Todas las pasiones, el odio, la envidia, el orgullo, se levantaban juntas, se sucedían con ímpetu creciente, y al fin, como el mar después de la tempestad,

vencidas por su propio esfuerzo, desmayaban en mudas tristezas, en resignaciones dignas de un estoico.

*
* *

Los libres, egoístas como todos los dichosos, olvidaban pronto á sus desgraciados camaradas, y con paso firme y sonoro, se dirigían á sus hogares, donde, halagados por la solicitud materna, recomfortaban en el succulento almuerzo de familia sus lánguidos estómagos condenados en los demás días de la semana al insubstancial puchero y á los duros porotos del colegio.

Después de este acto trascendental de la vida, apenas lejos del ojo paterno, se encendía el famoso cigarrillo de *trigo*, y tomando otra vez la calle para reunirse con los demás compañeros, se arrojaban á los ojos del público densas

bocanadas de humo, dichosos de no tener que esconderse para ello en sitios de nombres no pronunciables, como diría Menéndez Pelayo.

La barranca de Santa Lucía y los bajos de Palermo eran los puntos de cita predilectos. Allí se armaban los interminables partidos de pelota, barrilete, rayuela, trompos y bolitas; allí se liquidaban todos los asuntos enojosos de la semana, y después de algunos coscorrónes y rasguños, un abrazo sellaba la reconciliación y estrechaba las amistades; y allí también, bajo la sombra de un sauce, entre un mate y una pitada, nacían de los mayores las primeras confidencias amorosas, las primeras manifestaciones de todos los grandes sueños de la vida, tan vastos, tan luminosos entonces, como hoy estrechos y sombríos.

Cada cual contaba su historia, en la que se unían á un hecho real todas las ilusiones del espíritu, todas las aventuras leídas en las novelas de Pérez

Escrich ó de Fernández y González, que se transformaban, según el carácter de cada uno, en heroicas batallas con desconocidos seres ó en asombrosos atrevimientos con imaginada vecina.

Después, impresionados por algunos de estos relatos, en medio del más profundo silencio, nos recostábamos todos sobre el césped, la cabeza sostenida por el brazo, y en esa postura, con los ojos cerrados, el cigarrillo en la boca, se dejaba á la imaginación vagar nuevamente con las espirales del humo por el espacio infinito.

Pero, como hay una ley fatal para todas las cosas de la vida, estas inocentes expansiones, estos desbordes de placer y de alegría, terminaban también con los últimos rayos del crepúsculo, hora solemne, cantada por los poetas, sentida por nosotros.

Cabizbajos, pensativos y mudos como reos, entrábamos lentamente, uno tras otro, en la negra prisión de la semana, cuyos muros tenían á nuestros ojos un

aspecto más siniestro y sombrío, ofuscados como estábamos aún por la luz primaveral de los espacios descubiertos.

Vueltos á la tarea, lo único que nos sostenía era la proximidad de horas semejantes, cuyas fechas, señaladas con una cruz en los almanaques, se grababan en nuestro espíritu con caracteres mucho más vivos que todas las cronologías históricas escuchadas en las clases.

La esperanza era nuestro alimento cotidiano, y en esto, aunque niños, nos semejábamos al hombre, eternamente desengañado, pero también eternamente creyente.

*
* *

Hoy esos días están lejos. La realidad del mundo ha secado con su soplo las flores de ilusión que brotaban en nuestro camino; nuevas ambiciones y

nuevos deseos han reemplazado á las antiguas quimeras; y estúpidos vanidosos, esclavos de la sociedad, sacrificamos á ésta todas las alegrías naturales del alma, sin poder, como el pobre estudiante, romper un momento las pesadas cadenas de nuestro doloroso presidio.

Vamos á Palermo, damos la eterna vuelta entre dos filas de carruajes, nos indigestamos en alguna fonda con refinados alimentos, escuchamos automáticamente los trozos de una ópera, y, al retirarnos, más solos, más hastiados, maldecimos la existencia, por no maldecirnos á nosotros mismos.

Tal es el hombre : un error de la naturaleza. ¡ Felices los que en medio de él se conservan siempre niños !

ÍNDICE

Francisco Coppée.....	5
Del natural, por Federico Gamboa.....	25
Victor Hugo en América.....	43
Primeros versos.....	53
Fiesta.....	63



